

gente y rara mujer que sirvió de modelo á mi heroína, y que, sin hacerse monja ni hallarse en otros lances del poema, vivió y murió infeliz por bella, noble y sensible. Recordé el agrado, el cariño, las ilusiones primaverales con que emprendí y realicé mi estudio, y la propicia estrella que en su aparición le alumbró. Engreíme, en suma, con la idea de que este cuadro viejo, no obstante sus faltas de traza y claro-oscuro, por la franqueza de algunos toques imitados de buena escuela, por lo peregrino ya del asunto, dado que el tipo de la romántica se haya casi extinguido, y, más que todo, por el alto mérito del original á pesar de lo muy poco que se transparente en la copia, merece vivir algunos años todavía en las hospitalarias bibliotecas de mis amigos.

A esto se debe que "DIANA," arrastrando el sudario del olvido, se encamine á Pluviosilla, la sultana de Oriente, á ofrecer los homenajes del idealismo de hace cuarenta años al autor de "La Calandria," al príncipe nuestro del realismo, al poeta y novelista en quien me complazco en hallar y admirar mucho más espíritu que materia.

EL AUTOR.

México, Julio de 1892.

DIANA

PRIMERA PARTE.

I.

La quinta de***—Carlos hace conocimiento con la familia.—Inconstancia de los pesares del hombre.—Indecisión.

Después de un año de silencio, ausente
Del suelo donde ví la luz primera,
Por si olvidar consigo en mis viajes
Los pesares que el ánimo atormentan,
Te escribo estos renglones, caro amigo,
Desde el recinto de una antigua selva,
En la risueña quinta adonde entrada
Tu bondadosa epístola me diera.
La sociedad dejando y su bullicio
Que sin cesar los días me recuerdan
En que amaba á esa joven malograda
Que reclinó en la tumba su cabeza,
Contaba con la paz de tal recinto
Para entregarme todo á mis ideas
De aislamiento y dolor, porque los años
Nunca á borrar nuestros pesares llegan!

Habrás leído, como yo, mil veces
Con avidez las descripciones bellas
De las quintas que en Nápoles á orillas
Del sosegado extenso mar se elevan,
Y cuyo blanco pie lamen las olas
Que el naranjo odorífero sombrea.

Las recordé cuando mis ojos vieron
La hospitalaria quinta: á su derecha
En alfombra de musgo reposaba,
De la colina al pie, laguna extensa
Que las blancas paredes y los árboles
Y el cielo azul purísimo refleja:
Ocupan á la izquierda vasto llano
Los naranjos sembrados en hileras:
Si en la tarde los hiere el sol, dibújanse
En el suelo sus sombras gigantescas:
Crece en los sitios húmedos el loto,
Con el liquen adórnanse las cercas,
Y la pequeña *rosa trepadora*
A su pie nace y se reclina en ellas.

Poco después, de la tranquila casa
A la puerta llamé con mano trémula:
La voz de una campana el ancho espacio
De vibraciones argentinas llena.
A abrir entonces baja el dueño mismo
A cuyo buen humor me recomiendas:
Entreguéle tu carta, y el anciano,
No bien sus ojos ha fijado en ella,
Cuando me dice: "Entrad; es un amigo
Quien hoy á mi familia así os presenta;
Vuestro nombre, además, ya conocía;
Os apreciaba, y esta casa es vuestra."
El frondoso jardín atravesamos,
El corredor extenso que diversas
Pinturas antiquísimas decoran;
Llego á la sala y me introduzco en ella.
De una mujer (cuya beldad los años,
A pesar de su número, respetan)
En torno, cuatro jóvenes gallardas
Con distracción á su labor se entregan:
Todas á mi saludo corresponden
Cuando el anciano presentóme á ellas,
Y á su vez señalándolas me dice:

"La señora es mi esposa: ésta, Gabriela,
La mayor de mis hijas: Guadalupe
Y Ángela aquellas son. . . De vos muy cerca
A Diana tenéis, joven muy rara,
Presa de mil románticas ideas."
De grana se cubrieron las mejillas
De esta niña gentil: junta las cejas:
De sus azules ojos la mirada
Eclipsa entonces su pestaña crespada,
Y el alfombrado pavimento hiere,
Como dando señales de impaciencia,
Con el extremo de su pie, calzado
De coturno finísimo de seda.

No te puedo decir lo que en mi alma
Pasó al mirarla, amigo: me avergüenza
La sola idea de que yo la amo
Cuando un recuerdo amar sólo debiera;
Y es inútil luchar, porque ya el fuego
De inextinguible amor mi pecho quema.
Ella también ¡si vieras! su mirada,
Que ardiente luz angelical destella,
Detener suele en mí por un instante,
Llena de compasión á mi tristeza.
Yo no sé cómo entonces no me arrojo
A sus plantas contándole mis penas.
¡Oh! dime, amigo mío, dime presto,
¿Qué á mi agitado espíritu aconsejas?
Quisiera abandonar estos lugares
Donde todo es amor, donde las selvas
Me repiten su nombre; do en el viento
A mí el perfume de sus labios llega,
Y un cielo eternamente despejado,
Cual su pupila azul, me la recuerda:
Dejar quisiera esta preciosa quinta
Y me detengo á mi pesar en ella.
No creas en la noche solitaria
Ver ante mí las páginas abiertas.

Del libro que refiere las angustias
Del santo Job, de ese inmortal poeta,
Do la expresión de mi dolor leía
Pasando en meditar horas enteras.
Giran mis ojos sobre el libro, acaso
Sin que nada mi espíritu comprenda:
Quiero dormir para olvidar su imagen,
Y el sueño de mis párpados se aleja:
Abro la puerta de mi alcoba; salgo
A disfrutar la calma placentera
De la callada noche: al Occidente
Llena de majestad la luna llega:
Todo en silencio yace: algún ladrido,
Quizá el rumor de un árbol que en la selva
Trónchase al grave peso de los años,
Se escucha sólo, y mi delirio en vela
De una mujer la imagen á mi vista
Poniendo está, y esa mujer es ÉLLA.

Dime si debo amarla cuando habito
Bajo su mismo techo; si no espera
La vergüenza á mi amor cuando el anciano
Que con suma bondad aquí me hospeda,
Sepa que, pobre y sin ventura, anhelo
El dueño ser de tan valiosa perla.
Dime si debo amarla cuando sigue
La desgracia mis pasos tan de cerca,
Que la joven que tanto me quería
Duerme en silencio ya bajo la tierra.
Dime si es dable que retoñe el árbol
Del corazón que el desengaño seca,
Cuando sus ilusiones y esperanzas
Como el humo fugaz fueron deshechas.

Adiós: mi esfuerzo romperá, lo espero,
De un peligroso afecto las cadenas:
Mi alma gemirá; pero ¿qué importa
Si siempre halló contradicción doquiera?

¡Diana! su imagen torna á visitarme. . . .
¡Tan inocente, tan feliz, tan bella!
¿Puedo yo renunciar á su ternura?
¿Puedo apagar la luz de mi existencia?
¿Puede la pluma que en el aire vaga
Tomar la dirección que ella desea?
Se agita y lucha; mas su error conoce
Y á su destino, como yo, se entrega.

TU AMIGO CARLOS.

II.

Carácter físico y moral de la protagonista.—Estado actual de su corazón.

Como el perfume de entreabierta rosa,
Cual la primera luz de la mañana
Cuando aparece en el Oriente hermosa,
Entre la sombra aún, casta es Diana:
En el regazo maternal dichosa,
Con el amor de su familia ufana,
Pacífica resbala su existencia
Por el jardín de tierna adolescencia.

Y es tal la brillantez de su hermosura,
De su faz el encanto soberano,
Que quien de verla alcanza la ventura
Beldad que la asemeje busca en vano:
Del cielo de Colón estrella pura,
Flor que produjo el suelo americano,
Que sólo es dado á suelo tan fecundo
Producir esa flor, gloria del mundo;

La conocí yo mismo en grato día,
Cuando en la catedral piadosa entraba:
Traje de seda pérsica vestía,
Que de la iglesia en el tapiz sonaba:

Atónita mi vista la seguía,
Y al recoger su velo ella mostraba
De su mano de niña la elegante
Forma, que abulta diminuto guante.

Al armiño su blanca tez iguala,
Y es del color del oro su cabello
Si le hiera la luz cuando resbala
Ondas formando de la frente al cuello:
Del granado á la flor roban la gala
Sus peregrinos labios: el destello
De Venus misma si en la tarde oscila,
Muere ante el brillo de la azul pupila.

Su noble forma de belleza rara
Rayo es de luna entre el bosque umbrío,
Y en lo esbelta á las palmas afrentara
Que en Siria moja el matinal rocío:
Si su infantil corteza penetrara
El escarpelo de mi examen frío,
Hallara un alma cándida sin duda,
Más hechicera cuanto más desnuda.

Un alma, sí, que hasta su Dios se eleva,
Que ante sus obras santas se extasía
Y que consigo la esperanza lleva
Del cielo en que habitar debe algún día:
Inocente y sencilla como Eva
Cuando no se manchaba todavía,
Roba la luz que de su centro emana
A la estrella gentil de la mañana.

Alma que, al ver la claridad del cielo,
Llénase de entusiasmo soberano,
Y que se forja un mundo de consuelo
De aqueste mundo miserable y vano:
Que hacia la esfera azul remonta el vuelo
Si oye el sonoro acento del piano,

Y allá su mente la grandeza abarca
Del amor puro que inflamó á Petrarca.

Y este amor para ella todavía
Sin forma ni colores aparece,
Alba serena de brillante día
Que el horizonte apenas esclarece.
En sueños suele oír la melodía
De una voz varonil y se estremece. . . .
Despierta. . . . ha visto ante sus pies á un hombre;
Pero ¿adónde se fué? ¿Cuál es su nombre?

III.

Declaración de Carlos.—Es interrumpida por la llegada de dos nuevos personajes que figuran en esta obra en lo sucesivo.—Un amante desahuciado.—Un tronera.—Despecho de Carlos.

El noble anciano, Carlos
Y la gentil doncella
Atravesando el parque
A paso lento van:
Brilla en el cielo puro
La vespertina estrella:
Las sombras eclipsando
Bosque y llanura están.

—Aquí, lejos del mundo,
Dice el amable anciano,
Paso dichosos días
De inalterable paz;
Pero á mis caros hijos
De la ciudad el vano
Bullicio y los placeres
Agradan mucho más.

—Papá, razón no tienes,
Diana le responde,
Pues con placer vivimos
En donde vivas tú.
Carlos, tal voz oyendo,
Su turbación no esconde,
Pues era melodiosa
Cual nota de laúd.

A la mitad del parque
Iban, cuando un criado
Que dos viajeros llegan
Avisa á su señor.
Y éste dice á los jóvenes
—No sigo á vuestro lado:
Vos conducid á Diana,
Que yo de prisa voy.

Aléjase, y con Carlos
Al encontrarse á solas,
Baja la vista Diana
Con dulce timidez;
Y del color que tiñe
Campestres amapolas,
Tíñese en el instante
Su alabastrina tez.

Latir el pecho de ella
Sentía bajo el brazo
Que para conducirla
A Diana Carlos da;
Y aunque él hablar pretende,
Esle imposible: un lazo,
A su pesar, su lengua
Aprisionando está.

Caminan silenciosos
Viendo la luz postrera

Que en rojo mar convierte
El horizonte aún;
Y en el tranquilo espejo
Del lago reverbera,
Del astro de la noche
Luchando con la luz.

—Conque, decidme, os vais
A la ciudad, dejando
Que de recuerdos sólo
Viva nuestra amistad;
Y á olvido nos daréis,
No es cierto?— Suspirando,
Carlos responde:—Presto,
Sí, tengo de marchar.

Pero ¿en olvido echaros
A vos, bella Diana,
Por un momento solo?
Jamás! lo juro aquí:
El alma á ciertos seres
Por olvidar se afana
Inútilmente: nunca
Puédelo conseguir.

—Dijeron que (la joven
A quien amabais, muerta)
Viajabais al acaso,
La pena á distraer.
¿A confundir con otro
El corazón acierta
Un delicado afecto
Que eterno debió ser?

—Sí, lo confieso, amaba,
Y en su ataúd mirando
A la adorable joven
De quien habláis, creí

Que el corazón quedase
A todo afecto blando
Cerrado, y goces nuevos
No hubiese para mí.

Pero de vida el germen
Que de verdura cubre
Después de pocos años
La lava del volcán;
Que en Mayo resucita
Las flores que en Octubre
Sobre el estéril suelo
Deshoja el huracán,

Hizo que en mí naciera
Un nuevo sentimiento
De amor y de esperanza,
Y que á su pura luz
Viera más bello el mundo,
Más claro el firmamento;
Hizo que á mí tornase
La antigua juventud.

Sí: en el cantar del ave,
Del viento en el arrullo,
Del órgano que ensalza
La majestad de Dios
En el solemne acento,
Del agua en el murmullo
Grato, sólo percibo
De una mujer la voz.

Bella la ven mis ojos
Del alba en la luz pura,
De sus flotantes nubes
De ópalo al través:
La estrella solitaria
Que en el zenit fulgura,

De su pupila hermosa
Reflejo débil es.

Y esta mujer amada,
Flor de inmortal perfume,
No en las visiones gira
Del joven soñador;
Del joven soñador;
Existe aquí, y el fuego
Que mi ánima consume
¡Oh Diana! es ya del hombre
El verdadero amor.

Si ella me niega el suyo
La adoraré callado,
Como al Señor se adora
En el cristiano altar:
Mil siglos viviría
Ante ella prosternado:
Para adorarla, un día
Fuera la eternidad!

Si alguien llegara entonces
A pretender su mano,
Yo le destrozaría
Con ciego frenesí;
Mas si le amaba ella,
Siendo mi furia en vano,
Quedárame el recurso
Postrero de morir.

—Carlos, callad!— Oídme:
A esa mujer tan bella
Os parecéis, Diana,
En ojos, risa y voz.
Tenéis sus trenzas de oro;
La edad tenéis de ella,
Y ella por nombre tiene
DIANA como vos...

—Silencio, Carlos! . . . ¡vienen!
¡Oís en la espesura
Leve rumor de pasos?—
Cesó apenas de hablar,
Cuando entre la verdura
Del bosque aparecieron
Dos hombres que á Diana
Empiezan á llamar.

Fernando.— Diana, hermana mía,
¿Tú, como siempre, buena?

Diana.— Tal como tú, Fernando.
¿Vos, Álvarez, aquí. . . ?
¡No os esperaba!

Álvarez.— ¡Es cierto!
Y el gozo me enajena
Al ver que habéis un joven
Que os acompañe así.

No bien oye Diana
De este hombre el rudo acento,
Cuando su rostro cubre
Extrema palidez:
Su brazo Álvarez toma
Con brusco movimiento,
Y del extenso parque
Caminan al través.

Envuélvelos la noche
Con su impalpable manto:
Las luces de la quinta
Tras las ventanas ven:
Álvarez y Diana
Van conversando en tanto,
Y Carlos y su huésped
Plátícanse también.

Álv.— Diana, ó yo me engaño,
O el tiempo no perdéis,
Pues departiendo á solas
Con un galán aquí
Os veo á mi llegada;
Y eso que bien sabéis
Que vuestra linda mano
Fué destinada á mí.

Dian.— Me explicaréis. . . .
Sin duda

Se trata de asustarme
Como á inocente niña
Con tal severidad;
Pero os diré que nada
Tengo que reprocharme
En esas relaciones,
Hijas de. . . la amistad.

Amigo es de mi padre,
Carlos: si á él me entrega,
Será porque confía
Sin duda en su honradez;
Y si esta confianza
Al corazón os llega,
De ella los motivos
Yo daros no podré.

Fern. (á Car.)— ¡Cómo! ¿Partir tan presto?
No: vuestra compañía,
Os lo aseguro, Carlos,
Nos hace falta aquí:
Noche con noche baile
Tendremos, y de día
Siempre á cazar iremos:
Conque ¿os quedáis? Decid.

Sé que abrigáis pesares
Que os roen las entrañas,

Y el cuento de esa joven
Que amabais y murió;
Pero creed, *mío caro*,
Que todas son patrañas
En este mundo pícaro,
Y que de amor los males
Se curan con amor.

Dian. (á *Álv.*)—Pues la ocasión ahora
Se me presenta, os digo
Que yo no puedo amaros,
Y que jamás podré:
Seréis para Diana
Siempre el mejor amigo,
Pero el esposo, nunca.

Álv.— Sincera sois á fe!

Fern. (á *Car.*)—Como os decía, Carlos,
Lo que pasó, al olvido:
Haced lo que este Álvarez,
Que es un volcán de amor.

Car.— ¿Ama á Diana. . . . ?

Fern.— Presto
Se casan. . . mas ¿se ha ido
Carlos? Está demente:
Lo juro por quien soy!

IV

Temores de Diana.—Raro capricho que apenas puede perdonarse á una joven de diez y seis años.—El rival se convierte en enemigo.—Sus tramas.

De la silenciosa noche
Sonaban las altas horas
Que, despierta, oye Diana
En el reloj de su alcoba.

En blando sofá de cerda
Tendida apenas reposa,
Que por un mar de inquietudes
Su ánima inocente boga.
Su vista lánguida fija
En las pinturas hermosas
Que las paredes de estuco
De su habitación decoran,
O en la tranquila bujía
Que luz mortecina arroja,
O en el techo artesonado,
O en la labor de la alfombra,
Y nada ve; con ideas
Tristes ó gratas memorias
A la sazón ocupado
Su pensamiento, se arroba.

A un lado está el rico lecho
Que á medias cubre vistosa
Cándida tela plegándose
En columnas de caoba.
Veneciano espejo, puesto
Sobre la mesa marmórea,
Retrata el jarrón de flores
Que sobre el tallo se doblan.
El cortinaje de seda
Dejando en completa sombra,
Por la entreabierta ventana
Que da al jardín, misteriosa
Entra la luz de la luna
Que los cristales transforman,
Heridos por ella, en tejo
De plata bruñida. Formas,
Movimiento, de ambas luces
Al desigual brillo cobran,
Trazados por el artista
En seis láminas valiosas,